



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

Francis Fox es un encantador profesor de inglés recién llegado a la idílica y exclusiva Academia Langhorne. Capaz de seducir con su carisma a casi todo el mundo, el profesor Fox también despierta la intriga de muchos sobre sus enigmáticos orígenes. Cuando dos hermanos descubren el coche de Fox medio sumergido en un estanque y partes de un cuerpo sin identificar esparcidas por los bosques cercanos, toda la comunidad empieza a hacerse preguntas inquietantes sobre su verdadera identidad.

Una vertiginosa historia de crimen y complicidad, venganza y justicia, en la

que Oates también ilumina los rincones más oscuros de la psique humana y plantea profundas cuestiones morales sobre las respuestas que exige el mal.

Francis Fox, un personaje tan magnéticamente diabólico como el Tom Ripley de Highsmith y el Humbert Humbert de Nabokov, hechiza y manipula a casi todos los que le rodean, hasta que por fin conoce a alguien a quien no puede engañar. Escrita con el característico estilo intimista y arrollador de Oates, *El señor Fox* es un triunfo de artesanía literaria y arte, una novela tan profunda como propulsiva, tan conmovedora como llena de misterio.

ENTRETENER Y SACUDIR

Clásico vivo de las letras americanas, Joyce Carol Oates continúa con su asombroso ritmo de producción sin dejar de alumbrar obras mayores, donde la indagación en temas de gran interés social y el profundo análisis psicológico no están reñidos con una lectura absorbente. Preguntas urgentes y retratos nada complacientes de la condición humana en vehículos narrativos que funcionan perfectamente. Aunque el crimen —entendido como vía de exploración de la cara más perturbadora del individuo, pero siempre con relación a algo que lo trasciende y explica, sea el núcleo familiar, la sociedad, el momento histórico...— ha sido uno de los temas recurrentes en la

bibliografía de la autora, es la primera vez que un libro suyo adopta la fórmula del *whodunnit*, término que hace referencia a aquellos *noir* que pivotan sobre la búsqueda de la identidad de un asesino.

El hallazgo del cadáver de un popular profesor de secundaria junto a su coche destrozado invita a la comunidad académica y su círculo íntimo a pensar de inmediato en un accidente, pero tanto el detective al frente del caso como el lector saben que bajo la carismática y querida figura del finado se escondía un verdadero monstruo.

Dilucidar al responsable de su muerte violenta entre una miríada de personajes agraviados por su condición de de-

predador sexual de menores encauza la obra por el terreno de la novela negra y el thriller, pero la voluntad de la autora es invitarnos a reflexionar, y por descontado también sacudirnos. La capacidad del señor Fox de manipular a sus alumnas y de mantener engañados a amistades, colegas y padres supone toda una admonición sobre el peligro de las apariencias y de la comodidad de mirar hacia otro lado, así como de los riesgos de la incomunicación familiar y de la dejación de funciones en cualquier ámbito (doméstico, escolar...).

A través de la estremecedora figura de un pedófilo, Carol Oates nos interroga acerca de qué hacemos para proteger a los más vulnerables, al tiempo que indaga en cuestiones de calado filosófico como si la verdad ha de reinar por encima de todo o si en ciertos casos su sacrificio puede devenir un mal menor que beneficie al grupo. *El señor Fox* se enmarca en el ámbito de «pequeñas comunidades,

grandes misterios», y aunque su título tenga resonancias de fábula, el zorro en su centro es un terrorífico ejemplo de los efectos de la depravación sobre los más jóvenes y una llamada a preguntarnos qué podemos hacer, tanto a título individual como sociedad, para prevenirla.

«Zwender le asegura a P. Cady que no es la única persona a la que Francis Fox ha convertido en víctima. Los pedófilos como Fox dependen de la ingenuidad de quienes los rodean. Son como parásitos que se introducen en los seres vivos, se esconden en sus entrañas y los devoran desde dentro. Para cuando la víctima se da cuenta, ya es demasiado tarde.

El pedófilo en serie es como el asesino en serie: se esconde a la vista de todo el mundo.

Suele ser un tipo simpático, que cae bien a todos. Es raro que una niña no esté enamorada de su abusador, por eso son posibles los abusos».

PERTURBADOR MUNDO ACADÉMICO

Profesora de escritura creativa en la prestigiosa Universidad de Princeton durante cuatro décadas, Joyce Carol Oates conoce como pocos los entresijos del mundo académico, que ya ha servido de escenario para varios de sus títulos. Podría decirse que en *El señor Fox* convergen dos subgéneros literarios vinculados a este ámbito. Por un lado, la novela de campus, de larga tradición en la ficción estadounidense, centrada en el análisis de las relaciones humanas y los desafíos curriculares y docentes que se dan en alguna institución educativa. Por el otro, la Dark Academia, una aproximación oscura e inquietante a estos mismos ambien-

tes, fuertemente inspirada por un género tan querido y practicado por la escritora como es el gótico. El colegio Langhorne, de carácter privado y elitista, deviene una sede de pulsiones enfermizas, dinámicas perturbadoras y secretos inconfesables. A través de los encuentros sexuales ilícitos entre el señor Fox y sus alumnas, ajenos a todos menos a los directamente involucrados, el centro es una gran metáfora de la temible capacidad humana para la manipulación y el autoengaño. Igualmente, la autora no desperdicia la oportunidad de condenar determinados comportamientos clasistas y algunos puntos negros en los procesos de selección del personal.

El estudio de la fragilidad de la soñadora mente adolescente que lleva a cabo Joyce Carol Oates evocará en muchos la novela *Las vírgenes suicidas* de Jeffrey Eugenides, mientras que la introducción del crimen en una atmósfera de privilegio que está definida por las falsas apariencias y los secretos inconfesables traerá sin duda el recuerdo de *El secreto* de Donna Tartt.

«El ojo del depredador no sirve solo para cazar. El ojo del depredador está igualmente alerta a los adversarios de su campo de acción.

Al final de la primera semana de clases en la Academia Langhorne, Francis Fox ya había identificado a varios posibles alborotadores entre sus alumnos; al final de la segunda, había desarmado o forjado alianzas con todos menos con uno, casualmente la única chica entre ellos.

Esta era Eunice Pfenning, de trece años, con su cara de hurón, sus ojos color ágata y su pelo rojo óxido, en su clase de

octavo de las dos, sentada más o menos en el centro de la pequeña aula, lo que daba a su malhumorada presencia la prominencia de un objeto irritante en el ojo, tan difícil de ignorar como de retirar.

¿Qué le pasa? ¿Por qué no le gusto? ¿Cómo puede no gustarle... el «señor Fox»?

Era un enigma para Francis Fox; un acertijo. Sentía como si le hubieran frotado el orgullo con un estropajo metálico. Su vanidad estaba desconcertada, como si se mirase en un espejo deformante en el que no pareciera guapo o carismático, sino un payaso.

Los estudiantes *siempre* sonreían y se reían con los chistes del señor Fox. Siempre levantaban la mano con entusiasmo en respuesta a una pregunta provocativa del señor Fox. Sin embargo, allí estaba sentada la niña con cara de hurón, indiferente e impasible, con los brazos cruzados sobre su flaco pecho, que recordaba al cuerpo plano y segmentado de un escorpión, listo para picar si uno se acerca demasiado».

EL MONSTRUO

Joyce Carol Oates ha declarado que su principal motivación a la hora de arrancar con el proyecto de la novela fue indagar en la psicología de un abusador de menores, sin duda una de las figuras más incómodas, complejas y desafiantes de su prolífica carrera. A través de Francis Fox —de raza blanca y de 41 años, antes conocido como Frank Farrell—, la escritora nos sumerge en la mente enferma de un depredador que busca en la literatura y en las artes una justificación a sus deplorables actos, pero también un engatusador de lo más astuto que, familiarizado con las teorías conductistas, sabe cómo desplegar sus encantos y su capacidad de persuasión para seducir a cuantos se acercan a su órbita. Lobo con piel de cordero, su

retrato ha merecido comparaciones con el de Humbert Humbert, el protagonista de la novela *Lolita* de Vladimir Nabokov (figura que curiosamente Fox asegura detestar, espejo repulsivo en el que es incapaz de reconocerse), y con el personaje de Tom Ripley, la inmoral creación de Patricia Highsmith, epítome del manipulador y de la sangre fría.

Encantador de serpientes gracias a sus conocimientos literarios, su afabilidad y cierta aura de misterio, el personaje es una de las creaciones más sutilmente diabólicas en la trayectoria de una autora que ha retratado profusamente el Mal con la intención de estudiar las ondas concéntricas que genera a su alrededor y averiguar qué dice de nosotros como sociedad.

«La primera vez que tocaba a una estudiante.

La primera vez que tocaba a alguien tan joven de esa manera.

Farrell tiene sobrinas pequeñas, sobrinos, que nunca le han interesado. Duda que alguna vez los haya tocado. ¿Se inclinó alguna vez para besarlos? No.

Los niños son, por definición, profundamente aburridos. Están más interesados en sí mismos que en uno.

De hecho, si existe lo opuesto a un *pedófilo*, ¿ese es Frank Farrell! Aunque tampoco es un *pedófilo*, desde luego. Por ejemplo, Farrell siempre ha despreciado *Lolita*, de Nabokov. Sabe que esa famosa novela es una especie de manual para pedófilos, pero a él le pareció aburrida, pretenciosa y ofensiva, cuando no ridícula y punto.

Solo un pervertido enfermo se comportaría como Humbert Humbert. Estúpido nombre, estúpido estilo literario. Obligar a una niña de once años a tener relaciones sexuales..., repugnante. (¿Anatómicamente imposible? ¿El pene hinchado de un hombre adulto entrando a la fuerza en la diminuta vagina de una niña? Causaría desgarramiento, hemorragia, tal vez la muerte). Farrell hojeó *Lolita* con creciente repugnancia y al final la desechó asqueado.

La relación romántica de Farrell con Miranda Myles fue por completo distinta a la del ficticio Humbert con la ficticia *Lolita*. Farrell no tenía el más mínimo interés en obligar a la niña a tener relaciones sexuales ni en involucrarla sexualmente de ninguna manera; eso le resultaba repugnante. Su romance quizá había

sido erótico hasta cierto punto, pero desde luego no era *sexual*.

Con mucha delicadeza, había besado el interior de su muñeca, donde podían verse tenues venas azules a través de la piel translúcida.

Le había tocado el cuello, una arteria que latía allí. Piel alabastrina, como la de la Virginia de Poe, que lo dejó sin aliento, mareado.

Enmarcando su perfecto rostro ovalado entre sus manos, besando su pequeña boca..., con levedad, como el roce de una mariposa.

Las lágrimas inundaban sus bellos ojos color avellana. Un rubor surgía en su rostro.

Oh, señor Farrell, te quiero tanto, tanto...

Ella había acudido numerosas veces a su despacho a última hora de la tarde, cuando no había nadie cerca. Cuando él le hacía una "señal" con la mirada en clase, su comunicación especial/secreta».

«Condicionar a los demás para que piensen bien de nosotros, para que no quieran hacernos daño, para que, de algún modo, confundan ayudarnos a nosotros con ayudarse a sí mismos: Francis Fox ha cultivado esa estrategia durante años siguiendo los principios conductistas del gran B. F. Skinner.

Siempre condicionando a los demás para valerse de ellos en el futuro; nunca condicionar a los demás para que le deesen el mal. Una sonrisa cálida, un apretón de manos, una expresión de ternura, escuchar con atención, o dar esa impresión... Todo es valioso».

EL SABUESO RABIOSO

Detective jefe de Wieland, Zwender, hijo del sur de New Jersey —«antiguas familias que no han prosperado en el siglo XXI, dejadas atrás por la economía informática y tecnológica»— se convirtió en policía a los veinticinco años, se casó y tuvo hijos, pero hoy está separado y sin contacto con ningún familiar. Astuto, perseverante y ya veterano, dirige la investigación de la muerte del profesor Fox. Sabedor de que este escondía a un depravado que abusaba de niñas y colgaba fotos suyas en la dark web, no puede menos que indignarse ante el engaño colectivo en que vivía la comunidad académica de Langhorne y las familias de las víctimas, unidos por la idolatría a su figura, merecedora de comentarios arrojados y de un duelo exacerbado.

Aunque el caso debe centrarse exclusivamente en esclarecer si fue víctima de un asesinato, sufrió un accidente o cometió suicidio, está obsesionado con encontrar pruebas de sus fechorías. Solitario y testarudo, mantiene una dinámica laboral de lo más peculiar con su subalterno, el oficial Daryl Odom, un cristiano extremista al que detesta y con el que tiene constantes encontronazos, aunque en paralelo valora su labor. Interesado en el budismo, Zwender es un agente de la ley entregado a la reflexión constante sobre la condición humana y el sentido de su trabajo, un ser moral que sabe que la justicia está llena de tonalidades grises.

«El detective es un hombre de mediana edad que, si tuviera esposa, intentaría

ocultarle su dificultad para respirar y el hecho de que ha vuelto a fumar; pero no tiene esposa, así que no tiene a quién ocultarle nada. (...) El grado de obsesión de Zwender es tal que trabajaría sin sueldo si fuera necesario. Tiene la clara sensación de que el jefe de policía va a disolver su equipo a principios de 2014. Si para entonces no ha resuelto el caso, tendrá que abandonarlo o continuar por su cuenta como detective por libre.

Por otro lado, intenta conservar una objetividad budista: nada de esto importa, todo es pasajero, pasado”.

«Zwender siempre ha sabido que Daryl Odom se toma la religión en serio. Es lo único sobre lo que no se puede bromear con él.

Ambos asumen, en gran medida de manera tácita, que Odom, casado a los diecinueve, padre de tres hijos pequeños a los veintiocho, cristiano evangé-

lico del condado rural de Cumberland, es la norma; mientras que H. Zwender, treinta años mayor, divorciado hace tiempo, que vive solo, con hijos adultos de los que rara vez habla, alejado hace mucho de cualquier tipo de cristianismo, es raro, aberrante, anormal.

A Zwender esto le divierte, pero también le molesta. Hay algo engreído y condescendiente en alguien que está seguro de que él se va a salvar y tú no.

Que Daryl Odom vaya a salvarse significa que tiene un salvador. Algo de lo que Zwender carece.

Además, Odom proviene de una extensa familia del condado de Cumberland: policías, ayudantes del comisario, funcionarios de prisiones y alguaciles. Zwender fue el primero de su familia en entrar en las fuerzas del orden al no poder pagar la Facultad de Derecho; en el fondo de su mente, está convencido de que perdió su verdadera vocación».

OTROS PERSONAJES DESTACADOS

Junto a Fox y Zwender, circulan por la novela un gran fresco de personajes que podrían dividirse en tres bloques: 1) las estudiantes de secundaria que fueron víctimas de los abusos de su profesor, 2) el personal docente y una amiga de Fox que nunca sospecharon de él, y 3) los padres de las chicas que padecieron abusos, donde situaciones familiares desestructuradas, divorcios o una simple cuestión de desatención, los convirtieron en cómplices involuntarios del profesor. Las dificultades de la crianza, las miserias del mundo académico y los vulnerables que son tanto jóvenes como adultos frente a personalidades maquiavélicas asoman por la trama a través de ellos. Nos detenemos en algunos a resaltar.

GENEVIEVE, ALIAS «PEQUEÑA GATITA», ALUMNA DE FOX

«Ninguna otra chica es tan deslumbrantemente hermosa como Pequeña Gatita. Esta misma mañana, según informa en su diario, pesa treinta y seis kilos.

(Antes de este septiembre, cuando el señor Fox entró en su vida, Pequeña Gatita nunca se pesaba, solo la pesaban en la consulta del médico. Nunca prestó mucha atención a su peso, así que le avergüenza descubrir en las fotografías que era casi —¡casi!— una niña gordita, ¡con mejillas redondas! Ojos bonitos de pestañas largas, pero mejillas regordetas y redondas. La mortifica imaginar lo que diría el señor Fox si pudiera ver esas fotografías, pues el señor Fox es muy gracioso cuando expresa su desprecio por ciertas niñas del colegio que son unas rechonchas, unas bolitas de sebo, unas cerditas que no tienen vergüenza).

Antes Pequeña Gatita disfrutaba de la adoración de su Papá, y ahora Pequeña Gatita disfruta de la adoración del señor Fox, que es mucho más fiable, más valiosa. De hecho, es la única adoración en la que confía.

He aquí una sorpresa que a Papá le causaría un disgusto: bajo el hechizo del señor Fox, Pequeña Gatita está entusiasmada con pasar hambre. Porque, en realidad, bajo el hechizo del señor Fox, nunca tiene hambre.

Aun así, Pequeña Gatita come (con avidez, vorazmente) de los dedos del señor Fox: deliciosas tartaletas de limón, fresas cubiertas de chocolate, galletas de avena “orgánicas”.

Cuando están juntos, solos y a salvo en el despacho del señor Fox, con el ventanuco en lo alto de la pared detrás del escritorio, que el señor Fox puede “oscurecer” colocando un libro delante.

El resto del tiempo, Pequeña Gatita apenas come. La prueba es que el señor Fox puede sentir sus costillas, sus clavículas y los huesos de las muñecas de Pequeña Gatita bajo su tersa y pálida piel, que el señor Fox califica de alabastrina.

Pechos tan flacos, pequeños y firmes, del tamaño de ciruelas. El señor Lengua adora esos pechos. El señor Lengua los lame, los chupa».

KATY CADY, MEJOR AMIGA DE FOX

«Dulce e ingenua muchacha, Katy Cady, ¡casi se pone a llorar por unas rosas! Francis Fox de verdad la ama, a su manera.

Sí, Katy Cady es una muchacha, difícilmente podría llamársela una mujer, salvo en años, que ya deben de rondar los cuarenta.

Demasiado mayor para él. Décadas. Francis Fox ríe, divertido.

A Francis Fox, antes Frank Farrell, siempre le divierte cómo las mujeres maduras lo miran con esa especie de coqueto interés, como si imaginaran que un hombre como él pudiera corresponderlas, como si de algún modo fuera su derecho en caso de que sean atractivas, y más aún si son muy atractivas, tal como el mundo las ha condicionado para que crean de sí mismas y esperen de los demás.

Totalmente ignorantes de que (algunos) hombres son inmunes a ellas. Indiferentes a ellas. Y esos hombres son quienes pueden ejercer el mayor poder sobre ellas, si es que merece la pena hacerlo.

Por suerte, Katy Cady no tiene una visión inflada de sí misma. Ella acepta, ella comprende que no es probable que los hombres la miren por la calle o le consagren su vida.

Una muchacha de rostro poco agraciado, con cejas casi invisibles de tan pálidas, pestañas escasas, ojos del color del agua en un zanja, mejillas sonrosadas y pelo lacio, rubio pálido. Cuando estudiaba el posgrado ya parecía una mujer de mediana edad, una presencia suave y reconfortante como un sillón mullido, moldeada según los contornos de un cuerpo carnoso. Katy Cady nunca fue una gatita preadolescente, nunca fue una de las esbeltas y soñadoras niñas de Balthus de mirada perdida.

Como mujer, nunca tuvo el más mínimo interés para el amoroso señor Lengua».

MARTIN PFENNING Y KATHRYN. PADRES SEPARADOS DE EUNICE, OTRA DE LAS VÍCTIMAS DE FOX

«Anochecer de un desolado y turbio día de noviembre que comenzó doce horas antes en un crepúsculo similar previo al alba. Y ahora Martin Pfenning ha regresado del brillante y vacío ajetreo del trabajo (Bristol Myers Squibb, sucursal de Bridgeton) y está solo en el salón de su apartamento de dos habitaciones, apenas amueblado, a varios kilómetros de la casa en Wieland de la que (contra su voluntad, sin tener ninguna culpa) lo expulsó la *esposa separada*.

A esto ha llegado: a una definición obsesiva de sus circunstancias, de su ser ontológico, tan reducido, tan disminuido, una furiosa letanía en el cerebro de un individuo que una vez creyó saber quién era. Para siempre.

Pero cómo ha llegado a esto: a los cuarenta y un años, solo en un apartamento que apenas reconoce cada vez que entra, sentado frente a una pantalla gigante de televisión buscando algún tipo de consuelo (enfermizo, triste) en las noticias locales sobre personas aún más desdichadas que él mismo.

Es difícil no sentir un vínculo con el “desaparecido” Francis Fox, cuyo rostro afable y sonriente Pfenning lleva semanas viendo en la televisión y en el periódico local. Fox es, o era, un hombre atractivo y más bien joven, con una ligera separación entre los dientes superiores que le daba un aire de ingenuidad y de seriedad adolescente; guapo al estilo bien afeitado del actor británico Hugh Grant o de George Clooney; una masculinidad afable y bromista que no parecía tomarse demasiado en serio y que no parecía amenazante. Se entendía por qué a los niños de secundaria les caía bien el señor Fox; sobre todo a las niñas.

De haber sido profesor de un instituto, Francis Fox habría sido demasiado atractivo para sus alumnas. ¿Por eso prefería dar clases en secundaria, para evitar tentaciones por ambas partes?

A Kathryn desde luego parecía gustarle: “Francis Fox”. Pfenning escuchó por primera vez el nombre, con esa graciosa aliteración que evocaba a un adorable personaje de cuento infantil, de labios de su esposa.

Por entonces Pfenning no le prestó mucha atención. Aunque le habría podido resultar extraño que Kathryn hablara con admiración de un profesor de Eunice y no con el habitual tono crítico: sus exigencias para los profesores de su hija en la Academia Langhorne eran altas, tan altas como la matrícula, comparable a la de una universidad de la Ivy League».

P.CADY. DIRECTORA DE LA ACADEMIA LANGHORNE

«Lo cierto es que P. Cady es sensata, práctica, nada alarmista. Se enorgullece de su fuerte estoicismo. Piensa, habla y toma decisiones como un hombre. Pero no como cualquier hombre.

Lo cierto es que P. Cady no puede creer que algo tan extraño, tan inapropiado, le haya sucedido a Francis Fox, quien se ha convertido en algo así como un protegido de la directora en Langhorne. Una especie de fiebre la ha invadido, un suave delirio, es posible que la picase un mosquito infectado en la charca de Wieland, ¿qué enfermedad era esa?... ¿encefalitis? Desde que Lady Di huyó de ella, desde que se portó mal y regresó trotando con algo repugnante en las fauces. Qué bochorno sentiría P. Cady si alguien que la conociera, alguien que supiera su nombre y su posición en Wieland, hubiera presenciado lo mal entrenada que está su perrita rescatada, la obstinación con la que Lady Di desobedece a su humana.

Saltando, corriendo, llevando la cosa en sus mandíbulas, lanzándola al aire, agarrándola con los dientes y sacudiéndola con fuerza para romperle el cuello, dejándola caer al suelo, revolcándose en ella...

Carroña repugnante. Carne podrida. ¡Perra mala!

No es posible que eso sea todo lo que quede de la tan elocuente lengua de Francis Fox.

Aun así, de manera más sensata, con la parte de la mente de P. Cady que ha rechazado como improbables unos y otros síntomas de mala salud que se han manifestado a lo largo de los años —un grano (¿quiste?) en un pecho, una secreción vaginal blanquecina, un alarmante dolor en el abdomen, una hinchazón del tobillo izquierdo, varios dolores articulares, de cabeza y de ojos, y otras dolencias que resultaron no ser síntomas de enfermedades graves y que no eran nada, tal como ella había insistido—, P. Cady no puede tomarse en serio este rumor sensacionalista sobre Francis Fox.

Pues cómo se reiría el propio Francis de esto: la improbabilidad de un final tan ignominioso para el profesor más carismático de la Academia Langhorne».

DEMETRIUS, JOVEN DE FAMILIA POBRE Y DESESTRUCTURADA, TRABAJA EN UN SUPERMERCADO Y AYUDA A SU PADRE, BEDEL DEL COLEGIO, CON LAS LABORES DE LA LIMPIEZA
«El problema es que Papá tiene miedo de reconocer que se está convirtiendo en lo que se dice un *tullido*.

El problema es que Papá cojea, la rodilla le duele una barbaridad. A veces la zona lumbar le duele tanto que no puede levantarse de la cama.

Todo el mundo le dice que vaya a ver a un médico. El rostro de Papá se cierra como un puño. Se niega a hablar de ello.

Marcus le dice a Demetrius:

—Por Dios bendito, lleva a Papá al puto colegio. Ayúdalo. Es lo mínimo que puedes hacer.

Demetrius se siente dolido. ¿Por qué es lo mínimo que puede hacer? No importa lo que haga: si lo hace Demetrius, y no Marcus, es lo mínimo.

A Marcus siempre lo ha avergonzado que su padre sea conserje. No hay suficiente trabajo como carpintero en Wieland para Lemuel, por lo que tuvo que meterse de conserje en el colegio de ricos, a fregar los asquerosos lavabos de los niños ricos, a hacerse pasar por bedel.

Él, Marcus, no se conformará con un trabajo de mierda como ese: *conserje, bedel.*

Demetrius dice *Vale* con tono rígido. Basta de hablar de Papá.

Marcus dice con vehemencia que por los cojones se meterá él en una situación como esa: casado, con hijos, atrapado en un solo lugar. Está pensando en alistarse en la marina, como algunos amigos suyos, en ver el mundo.

Ver el mundo. Demetrius se ríe. *Vale, puedes ver el mundo por mí. Haz lo que hay que hacer. Y punto.*

De alguna manera, ocurre como con tantas otras cosas en la vida de Demetrius: entra en un patrón de comportamiento a instancias de otra persona, a raíz de las necesidades de otra persona: primero su madre; ahora su padre.

Él quería a su madre, eso estaba bien.

Fue duro, pero estaba bien. No tiene tan claro qué siente hacia el viejo. Pero estará bien. Demetrius nunca le dice que no a su padre. Si le dijera que no una vez, ya nunca podría no decirle que *no*».

UNA ATMÓSFERA OMINOSA

El señor Fox se ambienta en Wieland, una localidad del sur de Nueva Jersey, en el condado de Atlantic, marcadamente gris, ausente de los libros de historia con la excepción de una leyenda que pocos conocen, el «notorio desastre del Hindenburg, atribuido, en algunos círculos, a un ermitaño de la localidad de nombre Romulus Healy, que había disparado una o dos veces al legendario zepelín nazi, lo que provocó una explosión y una deflagración». Con todo, Carol Oates logra imprimir un sentido de asfixia, inquietud y fatalidad a su sugerente descripción de la zona que rodea a una charca —lugar en el que se localiza el cadáver de Fox— por la que la gente local acostumbra a salir de excursión o a pasear al perro. La negatividad que emana del lugar de algún modo sirve de metáfora de la oscuridad que anida en el corazón humano.

«Está pensando en que la charca de Wieland no es más que una charca/lago pequeño en medio de los vastos humedales del sur de New Jersey que se extienden hasta la costa atlántica. La mayor parte de la región permanece inexplorada, deshabitada, como los pinares atlánticos de la costa. Si uno tuviera la fantasía de desaparecer —o de que otra persona «desapareciera»—, ¿qué lugar podría ser más incitante?

Serpientes venenosas, osos negros, arenas movedizas. Una espesura en la que los teléfonos móviles no sirven para nada.

Aun así, aquí hay *belleza*. Pfenning mira la cristalina superficie de la charca. Se siente de un trance suave y placentero. Reflejadas en el agua se ven nubes altas y raudas, manchas de brillante follaje otoñal, como en un paisaje fauvista, que alegran el corazón».

«El humedal: tan denso, tan silencioso; exuda un aire de oscuridad sulfurosa, como si la luz ordinaria fuera absorbida por arenas movedizas.

Inútil pedir ayuda, nadie lo oiría.

Y, sin embargo, allí hubo asentamientos en el siglo XVIII. Quedan vestigios de caminos, de antiguas forjas, de hornos para fabricar vidrio. Hornos para cerámica, para ladrillos, restos de casas de piedra derruidas hace mucho tiempo, un molino harinero. Las ruinas de una presa artificial en el extremo este de la charca de Wieland. Vestigios de una iglesia de piedra, un cementerio de lápidas rotas y corroídas, inclinadas como borrachos en medio de una juerga.

En la blanda tierra del cementerio, huesos dispersos, liberados de sus ataú-

des, emergen a la superficie, de un blanco macabro en la penumbra.

Gritos de las aves del humedal: charranes, garzas, barnaclas canadienses. El silencio inquietante de los buitres.

En el siglo pasado corrían rumores de asesinatos entre bandas durante la ley seca. El licor ilegal se transportaba por la costa desde Canadá hasta Atlantic City, se cargaba en camiones y se llevaba al interior del estado: Trenton, Newark, New Brunswick, Jersey City, Hoboken. Se amasaban y se dilapidaban fortunas. Arrojaban a las víctimas de los asesinatos a las marismas costeras; los cuerpos, desfigurados por los animales y la descomposición, nunca se encontraban, y nunca se identificaba a sus asesinos».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Consideráis que «thriller psicológico» es el calificativo que mejor define el género de la novela o destacaríais algún otro de igual o mayor importancia?
2. *El señor Fox* trata probablemente el tema más espantoso que existe, como es el abuso sexual a menores. ¿Cómo diríais que encuentra el equilibrio para no herir la sensibilidad del lector sin dejar de tratarlo como a un adulto? ¿Cómo logra ser contundente y gráfica sin olvidarse de que una novela es un vehículo de entretenimiento?
3. La novela se abre con el paseo de la directora de la escuela del colegio, P. Cady, y su perra por las inmediaciones de la charca de Wieland, el cual acaba súbitamente con el hallazgo de un resto humano por parte de la segunda. ¿Por qué creéis que entre el amplio espectro de personajes la autora se decantó por este en concreto para el arranque de la historia?
4. Debatid acerca de las técnicas de seducción del señor Fox, tanto en el caso de los alumnos como de los adultos. ¿A qué recursos acude?
5. Hay múltiples alusiones a escritores a lo largo de la novela (Poe, Kawabata, Thoreau, Browning...). ¿Diríais que el señor Fox encuentra amparo o justificación a sus actos en referentes literarios clásicos o sólo es una herramienta más de cara a encandilar a su audiencia?
6. ¿Por qué motivos creéis que el señor Fox detesta de una forma tan visceral *Lolita* de Vladimir Nabokov?

7. La novela aborda temas de gran calado social como la misoginia, el racismo o el clasismo. ¿Cómo calificaríais la manera o el tono a la hora de acercarse a ellos?
8. Tanto padres como profesorado les fallan a las niñas a la hora de defenderlas del depredador. ¿Diríais que la historia destaca la responsabilidad de unos por encima de los otros?
9. Las teorías conductistas aparecen de forma reiterada en la narración. ¿Cuán cerca está la ciencia de explicar el éxito de las tácticas del señor Fox?
10. ¿Se podría concluir que la postura de la autora es más crítica con los hombres —pedófilos, padres ausentes, comentarios misóginos...— que con las mujeres o la balanza entre sexos está equilibrada a la hora repartir culpas ante la no prevención de los abusos a las niñas?
11. Citad los recursos que a vuestro juicio son más destacados a la hora de permitir a Joyce Carol Oates mantener el interés del lector a lo largo de más de setecientas páginas.
12. Analizad el sentido del siguiente pasaje de la página 354: «Debe de haber algo en el “señor Fox” que él mismo no puede ver y que despierta estas reacciones, sobre todo en las mujeres, además de en las niñas. (No todas las niñas. Pero la mayoría. Como si al estar vacío en el centro, hueco, el “señor Fox” atrajera de algún modo la masa de los demás.
Debe de ser eso: la emoción sincera y ardiente que se derrama en un recipiente vacío, bajo la (errada) idea de que el recipiente la alimentará en lugar de envenenarla».
13. ¿Diríais que el retrato del condado de Atlantic contribuye a acentuar la atmósfera ominosa que atraviesa el libro?

14. ¿De qué modo la estructura de saltos en el tiempo apuntala y confiere entidad a los personajes?
15. ¿De qué modos diríais que la personalidad y la labor profesional de Zwender se alejan de los retratos típicos de los detectives literarios?
16. El detective Zwender y su ayudante Odom mantienen una peculiar relación profesional. ¿De qué forma sus dinámicas se apartan de los rasgos más convenciones en el retrato de parejas de agentes de la ley?
17. Debatid acerca del epílogo. ¿Por qué creéis que la autora se decantó por este cierre?

LA AUTORA

© Dustin Cohen



JOYCE CAROL OATES nació en Lockport, Nueva York, en 1938 y es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Es autora de más de medio centenar de novelas, más de cuatrocientos relatos breves, más de una docena de libros de no ficción, once libros de poesía y nueve obras de teatro en sus más de cinco décadas de trabajo. Ha sido galardonada con numerosos premios, como el National Book Award, el PEN/Malamud Award, el Prix Fémina Étranger y, en España, con el Premio BBK Ja! Bilbao por el «modernísimo humor negro de su obra» y el Premio Pepe Carvalho 2021. En 2010 recibió la National Humanities Medal, el más alto galardón civil del gobierno estadounidense en el campo de las

humanidades y, en 2012, el Premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. Alfaguara inició en 2008 la publicación de su obra con la magistral novela *La hija del sepulturero*, a la que han seguido *Mamá, Infiel* (recopilación de relatos elegida como uno de los libros más destacados de 2001 según *The New York Times*), *Ave del paraíso*, *Memorias de una viuda*, *Una hermosa doncella*, *Blonde*, *Hermana mía, mi amor* (Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro), *Mujer de barro*, *Carthage*, *Mágico, sombrío, impenetrable*, *Rey de Picas. Una novela de suspense* (uno de los mejores libros del año según *El Cultural*), *Un libro de mártires americanos*, *Riesgos de los viajes en el tiempo*, *Delatora* y *Babysitter*.

DECLARACIONES DE LA AUTORA

«El punto de partida de *El señor Fox* es que quería experimentar con el clásico *whodunit*, una fórmula con la que nunca había trabajado. Un día, mientras paseaba por un santuario de aves cercano a mi hogar, empecé a darle vueltas a la figura de un profesor de secundaria muy carismático que actúa como un depredador sobre sus jóvenes y vulnerables alumnas. De inmediato me sentí atraída por explorar en su psicología».

«Una vez completé una novela titulada *Zombie* (1995) desde el punto de vista de un asesino en serie —me inspiré en Jeffrey Dahmer— con un profundo desprecio por el cuerpo femenino. Escribir desde el punto de vista de un misógino de manual supuso un experimento de lo más interesante. Por el contrario, el señor Fox es un tipo de persona que te agradaría mucho desde el primer momento. Sería capaz de averiguar algo acerca de ti —“¿de modo que eres aficionado al fútbol?”— y jugaría con esa carta y te adularía. Su aspecto recuerda al de Hugh Grant años atrás; es atractivo y viste bien».

«Aunque no me basé en un caso real específico, sí que me influyó de alguna manera el que leí acerca de una chica de la que habían abusado, lo que podría haberla empujado a suicidarse. Cuando las chicas —y también los chicos— caen bajo el hechizo de un depredador, con frecuencia se autolesionan, pero raramente acusan al depredador. Asimismo, tenía en mente a ese tipo de líderes carismáticos que nos rodean, dueños de un carisma oscuro que claramente es señal de que se trata de individuos corruptos, e incluso criminales, lo que no es obstáculo para que alguna gente los adore. En un momento de la novela, mi detective se pregunta: ¿qué necesitaría hacer el señor Fox para encontrarse al fin acusado? La respuesta es que no existe prácticamente nada que pudiera hacer; cuando un depredador se instala en tu comunidad, suele gozar de protección, incluso después de muerto».

(Declaraciones extraídas de *The Observer*)

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una novela que se asoma a los rincones más oscuros de la psique humana, El señor Fox te consumirá y te sacudirá».
David Ebershoff

«Espeluznante, estremecedora, provocadora y magníficamente escrita».
Gillian Flynn

«Sin duda de las mejores escritoras vivas de Estados Unidos».
The New York Times Magazine

«Una escritora de igual o mayor talento y profundidad que Norman Mailer, John Updike, Gore Vidal o Saul Bellow».
Javier Martínez de Pisón, *El País*

«Joyce Carol Oates nos sumerge en mundos oscuros, violentos, muy inquietantes, donde se revela que no es la bondad lo que prevalece en el ser humano».
Adrián Sanmartín, *El Imparcial*

